

Extractos de la entrevista al Padre Joseph Wresinski Por Claudine Faure, Octubre de 1987

Claudine:

Padre Joseph, ¿Podría explicarme qué es la miseria?

Padre Joseph:

La miseria es aquella situación en la que personas o familias tienen enormes dificultades y se ven obligadas a recurrir a la beneficencia porque no son reconocidos como personas que tienen derechos, creo yo es esa la miseria, estar sin derechos. Si estas familias o esas personas están sin derechos es porque se les considera como inferiores, incapaces de asumir sus responsabilidades, ellos mismos lo dicen: "se nos considera como si no fuéramos nada."

Claudine:

¿Qué piensa usted de esto?

Padre Joseph:

Creo que es una profunda injusticia, porque todas las personas y todas las familias que conozco en todo el mundo especialmente en Francia, tienen la voluntad de salir de esta situación, nadie en el fondo acepta tener frío en el invierno, nadie acepta tener hambre, nadie acepta estar sin empleo, nadie acepta sentirse desprestigiado, mal visto por unos y por otros; y todos hacen esfuerzos. Pero por el hecho de abandonar esta gente, de no considerarles importantes, no asumimos los esfuerzos. ¿Qué hacen? He visto familias que para recibir al trabajador social habían limpiado de arriba a abajo su casa pero era tan miserable, tan pobre que el trabajador nada más llegar empezaba a decir: "pero cómo pueden vivir en este tugurio"; eso es la miseria, no se ven los esfuerzos que hacen, y ya no se te mira.

Claudine:

¿Cómo ha llegado usted a encontrarse con estas familias?

Padre Joseph:

Para empezar yo viví la miseria toda mi juventud, después de haber aprendido el oficio de pastelero me introduje en un movimiento de jóvenes que se llamaba la Juventud Obrera Católica, allí estuve en contacto con jóvenes que al igual que yo procedían de ambientes de sufrimiento y pena. Luego decidí entrar al seminario para poder salir al encuentro de jóvenes como aquellos y también encontrarme con madres como la mía que se mataban y se quemaban la sangre para poder educar a sus hijos, yo me decía: "como sacerdote tendría el poder de Dios para salvarlas y ponerlas en pie" No me equivoco.

La miseria es una compañera que me ha seguido toda mi vida, cuando era cura rural de un pueblecito de Francia yo era verdaderamente feliz; me sentía como pez en el agua, hasta que un día el obispo me dijo: "Joseph, en Noisy-le-Grand hay un campamento donde hay varios centenares de familias y se necesita un capellán. Si quieres, vete allí". Así empezó esto, fue una decisión eclesial. Cuando llegue allí me encontré con muchas familias que venían de todas partes y que no tenían en común más que la miseria que las reunía allí, no podían por consiguiente formar un pueblo ni una comunidad puesto que un pueblo se forma en torno a las actividades que crea.

Una comunidad es un ideal que hace que los hombres vivan juntos, aquí no había nada que pudiera reunir a esta gente como no fuera la miseria, el sufrimiento y la pena. Yo llegaba con la idea de confundirme con ellos, de vivir con ellos, de compartir su vida, de intentar comprender lo que les animaba, lo que les haría también moverse; luego, me di cuenta de que había tantas y tantas cosas que les destruían... No había escuela entonces, para empezar. Había cerca de mil niños y solamente una tercera parte podía ir a la escuela, puesto que la escuela aún no había sido construida.

No había más que algunas fuentes para 250-260 (doscientas cincuenta o doscientas sesenta) familias. No había más que un wáter común para todas esas familias. Los conjuntos de barracas eran una especie de cobertizos en forma de media luna, de fibrocemento de cinco metros veinte de ancho y ocho metros cuarenta de largo.

Estas familias necesitaban antes que nada, ser reconocidas, debían saber que yo tenía confianza en ellas. Así que me empeñé, durante años en convencerme por mí mismo y convencerme por la actitud de ellas, de que podían y debían hacer cualquier cosa para arreglárselas.

No había suelo ni paredes en los barracones, no había electricidad, el agua estaba en esas pocas fuentes. Nos pusimos juntos a cavar la tierra, nos pusimos juntos a echar cemento, nos pusimos juntos a aislar los barracones, a construir habitaciones particulares para los niños, de manera que los niños pasaran menos frío en invierno y menos calor también en verano, para que no se deshidratasen. Era una aventura absolutamente extraordinaria con las familias hasta tal punto que llegado un momento dijeron: "¿Y si formamos una asociación, si hacemos un grupo?" Estuvimos de acuerdo y se formó una asociación que se llamaba al principio Ayuda en todo desamparo. Después nos dimos cuenta de que 'Ayuda en todo desamparo', ya no era apropiado porque las familias luchaban, se ponían en pie, querían realmente arreglárselas para salir adelante. Fue una aventura realmente única. Un buen día, hablando de la Revolución francesa de 1789, descubrimos los 'Cuadernos de quejas del cuarto estado' y se dijo: "¿Y si nos llamáramos cuarto mundo? Personas en pie, personas que quieren salir del atolladero, familias que rechazan la miseria y que piden a los demás que se unan a ellos para salir de la miseria". Así fue como se creó el movimiento ATD Cuarto Mundo.

Negro

Claudine:

¿Qué ha cambiado desde entonces en la situación de las personas del Cuarto Mundo?

Padre Joseph:

Lo cierto es que dondequiera que vayas y te encuentres con familias que han conocido el Movimiento o que han caminado junto al Movimiento, todos te dicen: "En el fondo, con ATD Cuarto Mundo, no estamos de acuerdo en todo, pero ATD nos ha devuelto la honra". Yo creo que se ha permitido existir a un pueblo desconocido, rechazado y mantenido a parte. Esta era la gran victoria. Después, la segunda victoria, fue que hubo jóvenes, hombres y mujeres que pensaron que valía la pena vivir con el cuarto mundo para luchar con él, para sacarle de la miseria, para salir juntos de la miseria. Creo que la segunda victoria de las familias ha sido la creación de un voluntariado permanente como este de ATD Cuarto Mundo. Y esto no se hizo sin sufrimiento. Por ejemplo, cuando yo llegué a este campamento de Noisy le Grand, había comedor de caridad, banco de alimentos, había todo lo que hoy en día existe para los pobres, desgraciadamente. Yo, por mi parte, empecé por construir una biblioteca. Evidentemente aquella gente no entendía nada. Era una iniciativa incomprensible para ellos, no solamente para las familias, sino también para el entorno. La gente

decía: "Pero bueno, si esta gente no sabe leer, ¿a qué viene esta historia de construir una biblioteca?" Y después organicé clases de baile, después también puse en marcha clubes de belleza, con el fin de valorizar a las personas de manera que al valorarse a sí mismos, pudieran valorar también a los demás. Esta ha sido una tremenda aventura, porque fue necesario luchar en todos los frentes. Hacer un salón de belleza, luego clases de baile, después bibliotecas, además de jardines de infancia mientras se estaba viviendo en la calle, introducir progresivamente la televisión cuando se vivía sobre el barro, esto ha sido un escándalo general.

Negro

Por otra parte, desde el principio, creé un instituto de investigación y esa era, si quieres, nuestra arma, nuestra rampa de lanzamiento porque se basaba en datos científicos. Eso era muy importante en aquel momento. Después nos situamos en el ámbito internacional, al nivel del OIT, al nivel de la UNESCO, al nivel de la ONU, de la UNICEF. Todo esto se hizo con intención. Era como proveerse de un paraguas para que no pudieran decirnos que éramos una asociación pequeña. La cuestión no era ser una asociación grande o pequeña, lo que era muy importante era que tuviéramos apoyos en todos los medios.

Claudine:

Cuando se encuentra con un miembro del gobierno ¿qué le dice usted?

Padre Joseph:

¿Que qué le digo? Le digo, en primer lugar, que tiene responsabilidades, que la miseria es absolutamente intolerable y que su primera responsabilidad es plantearse tres cuestiones. La primera: lo que hago, la segunda: lo que digo, la tercera: lo que pienso, ¿sirve verdaderamente a los pobres? Esto es lo que intentamos, como Movimiento, inducir a los responsables políticos y también a los responsables sindicales, religiosos y a los demás, a plantearse estas cuestiones: Nuestros combates ¿sirven realmente a todo el mundo o dejan una fracción marginal de familias y de personas? Nuestras reivindicaciones ¿son realmente reivindicaciones para todos?

Negro

Padre Joseph:

El mundo de la miseria es un mundo que sufre los efectos de la coyuntura y se puede decir que, en todas las épocas, hay nuevos pobres que toman legítimamente el protagonismo, lo que hace que aquellas otras familias que son herederas de la gran pobreza, cada dos o tres años son, no diría yo olvidadas, pero sí abandonadas.

Así que hay que informar otra vez, mostrar que estas familias siguen existiendo y que quieren salir adelante y que si ellas no lo consiguen muchas veces es porque no reconocemos sus derechos, pero también porque no nos organizamos realmente para hacer de ellas familias y personas con sus derechos reconocidos.

Si nosotros no tenemos cuidado, nuestra democracia puede vivir sin ocuparse jamás de estas familias y sin que se haga referencia a su situación.

Por eso, continuamente, las tres preguntas que hago son siempre las mismas: lo que haces, lo que dices, lo que piensas, ¿sirve realmente a la causa de los más pobres? ¿Sirve para hacerles responsables y para permitirles salir de su situación?

Negro

No hay ningún motivo para que yo diga que la crisis económica sea más desastrosa para las familias más desfavorecidas que para las demás, pero eso, es también una cuestión de solidaridad. ¿Es que los que tienen más son capaces de aceptar el recibir menos en beneficio de los que tienen menos? Ese es el problema. No se saldrá de la miseria en el mundo más que en la medida en que los que tienen acepten tener menos por aquellos que no tienen, pero no dando limosna, sino en nombre de la justicia. No se trata de limosna, estamos hablando de justicia.

Negro

Claudine:

¿Puede hablarme un poquito de los niños del Cuarto Mundo?

Padre Joseph:

Cuando se habla de los niños, siempre surge la sorpresa, siempre se tienen sorpresas. Recuerdo a Patricia, su padre era enterrador y era horrible en su casa porque ¡todo estaba cubierto de mortajas! El mantel era una mortaja, las servilletas eran mortajas. La madre se había ido y había seis niños en casa además de Patricia. Por la noche, se acostaba en la cama de su padre y se agarraba con imperdibles a él para que la policía no viniera a llevársela con sus hermanos y hermanas. En esta pelea con la policía, ella se escondía con sus hermanos y hermanas, con mi complicidad por otra parte, entre el tejado y el techo del jardín de infancia y pasaba a veces varias noches para que la policía no se la llevase.

Y luego, una vez que había pasado todo esto, volvió la madre, había salido el sol. Y después, mucho más tarde, cuando volví a encontrar a Patricia en la vida, me dijo: "Cuando era pequeña era maravilloso, yo era tan feliz, papá cargaba todo sobre sus hombros". Creo que eso son los niños. Los niños, de todo hacen pequeños momentos de felicidad y eso constituye la alegría de los mayores porque cuando se reconocen las pequeñas dichas de los niños, no solamente se tienen deseos de darles mucha felicidad, sino que se confía en que, en la vida, no estarán marcados, que no tendrán odio. Siempre he destacado -- y esto es absolutamente extraordinario -- que los niños de la miseria han crecido, pero han crecido sin odio.

¿Tal vez porque esto hubiera sido demasiado duro de soportar? Tal vez también porque los padres y sus madres hacían enormes esfuerzos y los niños reconocían los esfuerzos que los unos y las otras hacían. Quizás por esta razón los niños de la miseria se mantenían tan unidos a sus padres. A menudo uno se asombra y dice: "¡Pero se quedan allí, no se van!" Se habla de aglutinación, pero eso no es verdad. Es porque ellos se dan cuenta perfectamente de que su padre y su madre han sufrido muchos golpes por ellos. Ellos han sido... ¡Oh, no digo ya el escudo, es mucho más que eso!, ellos han sido los corazones que han envuelto su corazón. Es extraordinario.

Hablar de los niños, esos chiquillos que una tarde de febrero que hacía frío, mucho frío, el viento era helado, iban a vender sus canicas porque era el santo de su madre. Hacía varios días que no tenían pan en casa y no había nada que comer. Habían venido a verme pero yo tampoco tenía nada. Yo había ido a mendigar un poco a diestro y siniestro y había conseguido pan duro y se lo había dado. Pero aquel día dijeron: "Es el santo de mi madre, ¿qué le vamos a dar a mamá?" Así que vendieron sus canicas y llevaron un pan por la noche a su madre. Así son los chiquillos. Los chiquillos de la miseria nunca son miserables.

También recuerdo a Nono en el barro, era espantoso, había llovido, había charcos por todas partes. Llega una señora muy elegante, le trae chocolate y Nono va hacia su hermanita para compartir con ella el chocolate. Eso son los chiquillos de la miseria. Yo era así cuando era un chiquillo, inventaba, encontraba, buscaba, cogía, pillaba lo que podía, me las ingeniaba para que no se pasara demasiada hambre en casa. Igual que los niños de la miseria, son campeones, campeones del amor. Es una lástima que esto no se reconozca.

(Unos segundos de música)

Claudine:

Y ¿qué me dice de la escuela?

Padre Joseph:

La escuela es el templo del saber. A los niños les gusta mucho ir a la escuela, sueñan con esa escuela y quisieran ir. Luego llegan a la escuela y aquel no es su ambiente, a veces se les hacen preguntas que no entienden o a veces las entienden demasiado. Se les hacen reflexiones y son muy sensibles. A veces en el patio, se trata a la madre, se trata al padre de holgazán; todo eso es aceptado a veces por los maestros y los chiquillos no comprenden. Muy pronto, los niños se sienten rechazados.

Yo también era así, ya sabes. Todavía soy así ahora, me cuesta ponerme en camino, tiro de mí, arrastro los pies, es pesado, muy pesado.

Hace falta paciencia y a menudo no se tiene paciencia con esos chiquillos. Está claro que estos niños a veces hacen ruido, en su casa todo está en desorden, un caos, no porque no hay orden, hay el orden de la miseria, es decir, el desorden mismo. Entonces, no prestan atención a las cosas, hacen ruido, tienen un lenguaje a veces un poco más sin pulir que otros, así que no se les entiende. Ellos, que estaban tan felices por ir a la escuela, al cabo de muy poco tiempo, ya no quieren ir. Los padres se dan perfecta cuenta de que sus hijos sufren, así que no se atreven a forzarles demasiado. Si el maestro no viene a ver a la mamá o al papá, si el maestro no viene al barrio, no va a entenderlo. Si el niño llega con piojos en el pelo y para los niños de la miseria también hay que contar con los olores, todo eso hace que el niño se sienta cohibido. Por eso yo les enseñé a bailar para que se sintieran satisfechos de sí mismos, para que cuando llegaran a la escuela, pudieran burlarse de los demás.

Claudine:

¿Se sienten a menudo diferentes?

Padre Joseph:

Sí, se sienten diferentes en el sentido de que se les recalca que son diferentes. Diferentes también porque a menudo llevan ropa que no les queda bien, ropa que procede de roperos. Yo me vestí en los roperos, el primer traje que tuve, siempre me acordaré, lo había comprado con mi madre en un almacén que tenía un judío que quería mucho a mamá, que sentía respeto por ella. Y allí, mamá había comprado mi primer traje, un traje cuyas mangas me cubrían totalmente la mano. Ella decía: "Crecerá y así tendrá para dos o tres años". Siempre se va más o menos bien vestido, siempre más o menos bien arreglado, eso está claro, uno se siente diferente. se siente indudablemente diferente y luego a veces se siente diferente porque los padres de los otros niños les dicen que no traten con aquellos chiquillos. Y así se dice: "Mi madre me ha dicho que... Mi padre me ha dicho que ..." Y así se queda todo.

Claudine:

Los padres, ¿son conscientes de la importancia que tiene la escuela para sus hijos?

Padre Joseph:

Resulta muy contradictorio, oírás a padres que te dirán, y que dicen a sus hijos: "Yo no he ido a la escuela, no sé leer ni escribir y no he conseguido el graduado escolar y no soy más tonto que los demás y ya ves, he salido adelante". Y cuando uno ve los logros, eso es la miseria. Pero esa es la jactancia de los pobres. En realidad, en su interior, todos los padres saben que es necesario que el niño aprenda, pero la escuela les ha humillado mucho, no es que haya querido humillarles, sino que se trata de otro mundo, es realmente otra cosa, igual que la iglesia es otra cosa. El supermercado sería también un mundo aparte, pero en el supermercado se puede pillar algo. En la escuela no se puede coger nada, en la iglesia menos aún.

Los padres han sufrido mucho con lo de la escuela, mucho.

Hace algún tiempo me pidieron que hiciera una dedicatoria de un libro sobre la poesía, y se me ocurrió como dedicatoria: "Tengo envidia". Tengo envidia de todos aquellos que han podido, desde su niñez, descubrir a Beethoven, descubrir a Mozart o a otros, y yo nunca pude hacerlo y por eso toda mi vida he querido que los niños aprendan, conozcan el arte, la poesía, la belleza. Los pobres no tienen precisamente envidia de los ricos por sus riquezas. Un chiquillo decía: "Los ricos están tan recargados con todo lo que tienen que no pueden ser más que desgraciados" Pero yo creo que es la ignorancia la que les hace envidiosos, ellos sufren y padecen la ignorancia en la que se les ha mantenido. Todos aquellos con los que he hablado largo y tendido y que se han revelado, que se han descubierto, siempre me han dicho lo mismo: "A nosotros no nos han enseñado nada, somos animales, tontos". Así que uno sigue siendo tonto, luego uno se encierra en la tontería.

Esto es grave, ya sabe. La injusticia de las privaciones es horrorosa, pero la injusticia de la ignorancia es verdaderamente el mal más grande que se puede hacer a cualquiera. Esta es la injusticia en sumo grado porque supone privar a la gente de participar en la vida del mundo, en el conocimiento de los seres, de las cosas, de los acontecimientos, de todo. Es privar a la gente del conocimiento de Dios. Eso es horroroso, horroroso, es horroroso, es la injusticia extrema, es la mayor injusticia. Por esta razón siempre ha luchado el Movimiento, por eso los voluntarios luchan para que desde la infancia los niños reciban el máximo de lo que pueden recibir, que puedan aprovecharlo y desarrollarlo para que puedan permitirse el día de mañana tener un pensamiento claro, un lenguaje comprensible y poder de esa manera sentir que existen frente a los demás.

Claudine:

¿Les falta seguridad?

Padre Joseph:

¡Oh! forzosamente. A mí mismo me falta seguridad, quién lo diría, pero yo siempre he sido tímido, siempre he tenido la impresión de que el que está delante de mí me supera, lo hace mejor, lo dice mejor, sabe más. Es fatal, sobre todo porque toda la vida de las familias está siempre rebajada.

Nunca se les pide consejo, nunca se les pide su opinión, ni siquiera en aquello que les concierne. Recuerdo a una madre que me decía: "Es muy curioso, yo conozco bien a mis hijos y sin embargo me los quitan: No me han preguntado dónde podrían meterles, a quién se les podría confiar. No se me ha preguntado nada, pero yo les conozco bien".

Así es, el pobre es considerado, de entrada, como un ignorante, por lo tanto, incapaz de poder expresar lo que sea. Por consiguiente yo creo que el asistido por ignorante es el peor de todos. Fíjese que en las prisiones, los capellanes revelan que una gran parte de los detenidos no saben leer ni escribir y que proceden del mundo de la miseria.

Claudine:

Su acción por los niños del cuarto mundo, ¿es la misma que por la de los niños del tercer mundo?

Padre Joseph:

Creo que en el ámbito de la infancia los enfoques son los mismos. Los niños, de cualquier país, de cualquier cultura, tienen profundamente arraigada en ellos mismos una sed de justicia, tienen una necesidad de ternura, una curiosidad, una necesidad de saber, una necesidad de tocar y también una necesidad de ser comprendidos y respetados. Yo creo que también allá en el tercer mundo, los niños más pobres que encontramos tienen necesidad de ser acompañados en el campo del saber. Por esa razón hemos creado las bibliotecas de calle, es decir voluntarios que acuden a los barrios con libros para compartir con los niños el saber que tienen, con el ordenador por la calle para poder permitirles tenerlo en su casa, en su propio barrio, el ordenador a su alcance. Como decía un chiquillo en Nueva York: "Estamos mejor que en la Séptima Avenida, nosotros tenemos ordenador en nuestra casa, en nuestra propia calle". Estaba orgulloso.

(Fragmento musical, serie de imágenes de Nueva York)

En el tercer mundo hemos creado lo que llamamos biblioteca de campo. Vamos, por dondequiera que haya un espacio, con libros.

(Música e imágenes compartiendo el saber, los libros ...)

Ponemos caballetes para que los niños dibujen,

(unos segundos de música)

también traemos medios de expresión, por ejemplo, se crean juguetes, todo sobre la marcha. Nuestra idea es estar siempre lo más cercanos posible de las personas. Siempre hay una multitud de chicos y chicas, es extraordinario...

Fíjese, yo vi un día en Haití, en el extremo más alejado de los cerros, a dos kilómetros a pie de toda vivienda, a un joven contando el cuento de Caperucita Roja, a chiquillos que estaban allí, ávidos. Y se veía al lobo surgir, era absolutamente formidable, formidable (risas). Tienen unas posibilidades de expresión fantásticas.

(secuencia en que un joven de Haití cuenta Caperucita roja)

Estos jóvenes del tercer mundo sienten la importancia de saber y quieren comunicárselo a sus hermanitos, a sus amiguitos. Yo diría que en Occidente se está empachado. Empachados de escuela, empachados de universidad, empachados de saber y no se dan cuenta en absoluto de la riqueza que eso es y no se tiene esta pasión, desgraciadamente, por transmitir un saber que se considera a veces ajeno, como un saber burgués, lo cual es absolutamente ridículo. El saber es universal, no pertenece a ninguna clase, pertenece a la humanidad. Por causa de esto hay una barrera y muchos jóvenes que podrían transmitir su saber a otros, sin embargo, se lo guardan para ellos mismos egoístamente, de una manera ultrajante.

Negro

Yo creo que el saber se ha convertido en una trivialidad y yo no sé cómo explicar esto, hay una especie de sentimiento de repugnancia. Cuando uno sabe, se cree superior, no se da cuenta del todo de que el saber no lo ha obtenido más que porque otros se han esforzado por transmitírselo, ¿estos se han desgastado? Los que están en la universidad no siempre se dan cuenta de que, y esto es muy grave, en realidad, su saber, lo han obtenido a causa de los sacrificios impuestos a los obreros, a los trabajadores, a los que no han tenido otro saber que su oficio o su educación primaria o elemental. Hay una gran inconsciencia y por eso el Movimiento trata de sensibilizar a los jóvenes. En 1968 descubrí eso, durante el movimiento de protesta estudiantil. En la universidad discutían durante noches enteras. Yo veía a todos esos jóvenes llenos de inteligencia, con posibilidades considerables, y yo me decía: "Están perdiendo el tiempo en discusiones, mientras que en los barrios pobres hay millones de niños que ni siquiera saben leer ni escribir". Fue entonces cuando inventé el 'saber en la calle', diciendo: es preciso que los estudiantes vengán a enseñar lo que saben, lo que han aprendido, que lo compartan con los que, desgraciadamente, no tendrán nunca la posibilidad de ir a la universidad, no tendrán ni siquiera la posibilidad de aprender un oficio, de seguir una formación. Entonces fui a los cafés, fui a discutir con ellos y entonces conseguí ganarme a algunos que han venido a reunirse con nosotros. Pero esto es muy difícil.

Lo que yo quería era esto: "Que el que sabe enseñe al que no sabe", es la responsabilidad de todos los que saben. El que sabe tiene un saber que debe a los demás y por consiguiente tiene la obligación de compartirlo con los demás. No lo ha obtenido gracias a sí mismo, lo ha obtenido gratuitamente, aún cuando haya hecho un esfuerzo normal y necesario. El que trabaja en la fábrica, ya sabe, a la edad de 17 años, también hace un esfuerzo y sin la posibilidad de tener un día ningún diploma, ninguna licenciatura ni ningún doctorado.

El conocimiento no es un privilegio para algunos, debe ser un don para todos, para todos, por consiguiente "el que lo tiene debe darlo al que no lo tiene".

¿Y si se hubiera puesto a los estudiantes en contacto con la miseria, con las capas de población popular, con todos los que sufren, si se les hubiera mostrado todo lo que ellos podían hacer? Si los estudiantes hubieran puesto su manifestación al servicio de los pobres y hubieran ido a todos los suburbios de la región parisina para manifestarse haciendo bibliotecas de calle, llevando su ordenador o su alambique, como hacen algunos voluntarios, bueno, yo creo que esta manifestación habría tenido un sentido, y creo que el conjunto de los medios populares de obreros, de la gente que vive mezquinamente, difícilmente, habrían estado totalmente de acuerdo con ellos, les hubiera defendido de cualquier modo, porque habrían descubierto que entre la universidad y el mundo de los pobres, de la miseria, no hay un abismo, que se trata realmente de la misma humanidad que pelea por la misma causa, la de la libertad, la del respeto de los unos por los otros.

Negro

[Cuántas cosas! Es formidable, ya ve, luchar contra todas esas injusticias que se hacen. Merece la pena dar por ello una parte de sí mismo, y una parte de la propia vida, e incluso la propia vida por algunos.

Claudine:

¿Que le gustaría decirles a los jóvenes de hoy día?

Padre Joseph:

Bueno, yo diría: "no te mires a ti mismo, mira a los demás. No pienses tanto en ti, piensa en los demás, no luches tanto por ti, lucha por los demás y, si rezas, entonces comprométete, comprométete y no te quedes recluido en comunidades que se encierran en sí mismas. Despierta.

Un joven está hecho para despertar, si no, no merece la pena ser joven, ¿no es verdad? Tú que eres joven, si no despiertas ¿para qué sirve ser joven?

No vas a despertar cuando tengas mi edad, no tendrás ni la fuerza ni siquiera la imaginación necesarias.

Claudine:

¿Qué trae consigo el despertar?

Padre Joseph:

¡Ah, tremendo, tremendo! El encuentro, ¡extraordinario! El encuentro con los demás y, luego, cuando te encuentras con los demás, recibes necesariamente y entonces das y en consecuencia existes. Es formidable existir, saber que uno existe y que es tenido en cuenta, que uno vale no para uno o dos, sino incluso, para muchos. En el fondo, toda felicidad es transparencia, por consiguiente es resplandor. Toda alegría es alegría de los demás. He ahí lo que un joven debe querer para sí mismo, para su vida porque este es el interés de su vida, de lo contrario ¿qué interés tiene? Él no es responsable, no es responsable hoy día de la política, no es responsable del mundo económico. Al contrario de lo que se le dice, no tiene poder. En cambio, tiene el poder de hacer reaccionar debido a la esperanza y el entusiasmo que tiene en sí mismo, así que puede hacer reaccionar porque puede hacer descubrir a los hombres que el mundo no es como se les quiere hacer creer. El mundo no es triste, ni feo, ni nada de eso, está disponible.

No hay ningún hombre ni mujer que, en el fondo de sí mismo, no tenga una necesidad de dar como consecuencia del encuentro con alguien que le da y a quien él da. Ese, creo yo que es el fondo mismo de nuestra humanidad.